

EL DECLIVE DE ESTADOS UNIDOS EN LA ERA DE TRUMP: IMPLICACIONES PARA MÉXICO Y AMÉRICA LATINA

Cassio Luiselli Fernández*

Es común en la Unión Americana anunciar, tras cada recesión, el fin del siglo estadounidense y su decadencia irrefrenable. Si bien no ha sido el caso en numerosas ocasiones, en estos días las cosas parecen estar cruzando un umbral de riesgos sistémicos de efectos impredecibles y alcance global que es preciso atender con cuidado. Por un lado, resulta claro que Estados Unidos está en una etapa de declive relativo, sobre todo en términos del ascenso de China y del Este asiático, así como también de India y otros países emergentes. Por el otro, las políticas del gobierno de Donald Trump están socavando aún más la posición de su país en el mundo y, lo que es más delicado, los frágiles equilibrios del orden mundial establecido hacia 1945, cuando emergieron triunfadores y poderosos al final de la segunda guerra mundial. De tal manera que aquí sostenemos que, si bien este declive es todavía esencialmente relativo al ascenso de otros países y regiones, las nuevas circunstancias de la economía, la sociedad internacional y, sobre todo, la presidencia de Donald Trump con su desacertado e improbable intento de recuperación hegemónica absoluta, están llevando al mundo y a su propia nación a una suerte de *terra incognita*, llena de riesgos e incertidumbre, que debemos tomar en cuenta.

En América Latina, la relativa distancia de Estados Unidos en asuntos regionales está matizada por la notable excepción de México, que durante la presidencia de Trump ha sido objeto de insultos y amenazas, de intentos de erigir un muro entre los dos países y maltrato a migrantes, lo que también incluye a otros países latinoamericanos, sobre todo de Centroamérica y del Caribe.¹

* Investigador del Programa Universitario de Estudios sobre el Desarrollo, Universidad Nacional Autónoma de México; <cassioluiselli@gmail.com>.

¹ Se podrían citar también las amenazas a Venezuela de considerar “todas las opciones, incluso la militar”, pero hasta la fecha no han pasado de declaraciones y las tensiones no están escalando.

Principalmente, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), tras haber sido objeto de descalificaciones, amenazas y ser abruptamente cancelado, se ha renegociado para quedar por lo pronto en una versión disminuida de su versión anterior. Su nueva denominación a partir de mediados de 2020 es Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC).

Por otra parte, en América Latina, y sobre todo en América del Sur, se empieza a hacer cada vez más claro que los nexos con China son crecientemente importantes *vis à vis* Estados Unidos (y la Unión Europea), si bien están todavía lejos de significar un giro radical, sobre todo por razones geopolíticas, culturales y por el *stock* acumulado de inversiones estadounidenses en Latinoamérica. Aun así, podemos afirmar que es un hecho que en nuestra región se vive el tránsito entre una marcada dependencia de Estados Unidos hacia el campo de competencia con China, cada vez más su principal rival en los diversos escenarios globales. En el caso de México, esto ocurre de manera claramente diferente. México y (de alguna manera) Centroamérica tienen vínculos más estrechos con Estados Unidos, mientras que el nexo con China es todavía lejano en lo económico y, quizás como reflejo, también en lo político. El TLCAN mostraba, sobre todo para México, una suerte de vínculo triangular respecto de las dos grandes potencias. Con China, nuestro comercio es altamente deficitario y la inversión de ésta en nuestro país es todavía mínima. Parte importante de estas cuantiosas importaciones se utilizan en la transformación de productos manufacturados para el mercado de Estados Unidos, constituyendo así cadenas de oferta ya muy consolidadas que generan un notable superávit comercial con nuestro vecino del Norte.

Es cierto que esta relación triangular puede tener ventajas, pero también entraña riesgos muy presentes al quedar México vulnerable ante la guerra comercial entre China y Estados Unidos, pues está demasiado atado a su socio del Norte. En consecuencia, aquí postulamos la urgencia para México de una gradual, pero sostenida, diversificación de nuestros nexos comerciales, de inversión y políticos. América Latina nos parece el ámbito primordial de esa diversificación. Desde luego, esto no niega ni intenta desdecir el ineludible vínculo entre México y Estados Unidos, el cual es geográfico, socioeconómico y demográfico. Lo que aquí se argumenta es que México debe acometer

También destaca el caso de Cuba, donde los avances en la apertura bilateral se frenaron, pero sin llegar a romper las relaciones diplomáticas.

una sistemática diversificación toda vez que tiene las capacidades económicas, demográficas y culturales para lograrlo.

El relativo declive de Estados Unidos

Este capítulo analizará brevemente el declive relativo de Estados Unidos e inevitablemente lo comparará con el ascenso de China, o más precisamente, de China y el Este de Asia; si se quiere, del Indopacífico, para incluir a India, que será quizás al mediar el presente siglo la tercera gran potencia. Si bien todo esto es cierto, resulta claro que hoy por hoy China es el país que empieza a desafiar la hegemonía estadounidense tanto en los campos económico y comercial como en el militar. Posteriormente, analizaremos el concepto de imperio en decadencia y veremos cómo se aplica a Estados Unidos, particularmente ante el fenómeno de la presidencia de Donald Trump.

Nadie puede todavía poner en duda la dimensión y pujanza económica de Estados Unidos, pero tampoco es posible soslayar el vertiginoso ascenso de China, que nos permite afirmar que dentro de poco tiempo será la primera y principal economía del mundo. Por ejemplo, su economía representaba el 1.2 por ciento del PIB mundial en 1979; después, al arrancar sus reformas modernizadoras y su apertura en 2010, esa proporción subió al 9.3 por ciento, y actualmente es del 12 por ciento.² En el caso de India, su peso relativo en la economía mundial, tras las reformas de inicios de los noventa del siglo pasado, alcanzó un 4.85 por ciento para 2007 y un 7 por ciento para 2015.³

Existe una clara pérdida del peso económico relativo y de la influencia estadounidense, sobre todo en los últimos veinte años (Patton, 2016). Mientras que la economía de Estados Unidos estaba cercana al 40 por ciento del PIB global hacia 1960, cayó al 28 por ciento en 1980, y ascendió en la era del presidente Clinton al 32 por ciento, en el año 2000, en parte por la implosión de la URSS, pero a partir de ahí cayó sostenidamente para significar apenas el 20 por ciento en la actualidad. Se trata de una caída de casi el 50 por ciento.⁴

² En dólares corrientes, de acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI).

³ Hay que notar que, en el caso de India, estos datos se refieren a paridades del poder de compra.

⁴ Desde luego no es exactamente así, si se mide en dólares corrientes; en esa medida es todavía la primera economía del mundo, siendo un 60 por ciento superior a la de China.

De hecho, medida en paridades de compra, la economía estadounidense es la segunda detrás de China desde 2016. Estados Unidos sigue siendo el primer país inversionista del mundo, mientras que China es la primera nación en materia de comercio, claramente por encima de la Unión Americana. En consecuencia, no se puede dejar de mencionar la enorme acumulación de reservas del gigante asiático, equivalentes a cuatro billones de dólares, lo que lo convierte en el primer acreedor de la potencia norteamericana.

Sin embargo, también es preciso señalar que Estados Unidos sigue claramente a la cabeza en varias áreas estratégicas: el poder militar, la tecnología y la innovación. Por ejemplo, la nación norteamericana gasta más del doble que China y más que los siguientes seis países que le siguen en armamentos (*Wikipedia*, 2020); si bien el porcentaje del PIB que se destina a defensa es muy alto, equivalente a poco más del 3 por ciento de su PIB, por lo que es todavía financiable,⁵ se encuentra sólo después de Rusia en ese indicador. Desde luego, el gasto en defensa debe también analizarse en relación con su nivel de preparación (*preparedness*), letalidad y capacidades tecnológicas, indicadores donde está claramente a la cabeza (*The Economist*, 2018).

Por ejemplo, las grandes empresas de la era digital que están empujando el desarrollo de la inteligencia artificial y de la llamada cuarta revolución industrial son casi en su totalidad firmas estadounidenses, tales como Apple, Amazon, Google, Facebook, Microsoft, etcétera.

Se habla también del papel creciente de otros países emergentes que, en su progreso, van debilitando el poder relativo de Estados Unidos (y de Europa). Esto es cierto, pero hasta ahora el ascenso de los emergentes no ha producido la anunciada convergencia hacia niveles comparables de bienestar y competitividad. Más allá de la entelequia vacía de los BRICS, destacan Brasil, Indonesia, México, Turquía, Corea del Sur, por mencionar sólo algunos (no se diga, desde luego, China o India, y de manera más limitada Rusia). Más aún, además de las grandes naciones mencionadas, las regiones en conjunto del otrora llamado tercer mundo han crecido y cobrado más importancia y peso en la economía internacional, así como en otros asuntos globales, como lo señala Michael Spence (2011). Se trata de lo que Fareed Zakaria ha llamado “la emergencia de los demás” (*the rise of the rest*) (Zakaria, 2008).

⁵ A partir de la presidencia de Trump, se ha producido un muy elevado incremento en gastos militares.

El imperio en dificultades

Ahora bien, este capítulo no tiene como propósito analizar a fondo la decadencia estadounidense, pero es importante darle contexto y aportar algunos parámetros sobre su deterioro o declive secular. En los todavía no tan lejanos años noventa del siglo xx, en el apogeo de la presidencia de Bill Clinton y, sobre todo, al implosionar la Unión Soviética, era común encontrar en la literatura especializada menciones al “imperio americano”, pero no se hablaba de decadencia. Hoy, como vimos, se afirma lo contrario. En verdad, tanto desde un ángulo optimista como también a partir de uno negativo, tenía sentido hablar del imperio americano. Desde la segunda posguerra emerge como una potencia de enormes capacidades militares y tecnológicas con pocos antecedentes comparables en la historia. Pasada la guerra fría, vencida la URSS, cuando China aún no tenía la dimensión económica (y militar) actual, se reforzó la idea de que el siglo estadounidense terminaba con muchos atributos de imperio. Sin embargo, no ha durado mucho: los atentados terroristas del 11 de septiembre del 2001 y los fiascos en Irak y Afganistán dejaron una huella negativa y profunda.

Hacia finales de los años noventa, el trabajo de los posmarxistas Antonio Negri y Michael Hardt, *Imperio* (Negri y Hardt, 2000), tuvo una gran repercusión: su tesis central la construyeron en torno a la transición del viejo imperialismo centrado en el Estado-nación hacia el imperio conformado por un grupo de potencias, al frente del cual estaría una suerte de monarquía (Estados Unidos) y lo conformarían luego el resto de las naciones más poderosas que eran, de acuerdo con estos autores, los países del G8. Este libro contribuyó a afianzar las ideas de una escuela de pensamiento, los llamados “declinistas”, muy negativa y pesimista en cuanto al papel de Estados Unidos en el mundo, e incluso respecto de su realidad interior y de sus ciudadanos. En esta escuela podemos citar a autores muy célebres, como Noam Chomsky o Naomi Klein. Aquí destacamos a dos sobre quienes, por sus penetrantes análisis, reflexionaremos brevemente: Morris Berman y Alfred W. McCoy.

Berman (2012),⁶ después de analizar las supuestas causas internas y externas de la decadencia estadounidense, señala que el imperio americano está en sus fases terminales, en su muerte espiritual, puesto que ya agotó sus

⁶ Autor de una trilogía sobre el declive del “imperio americano”, en que destaca la obra *Why America Failed* (Berman, 2012).

reservas morales en una era de gran cinismo y encono social, así como de una muy evidente falta de solidaridad. Argumenta en torno a la creciente desigualdad y concentración de la riqueza, así como acerca del declive relativo de la clase media y sobre la erosión de los estándares intelectuales y la ausencia de pensamiento crítico. Los tiroteos y asesinatos a mansalva y la crisis de los opioides parecieran subrayar de manera trágica muchos de sus argumentos. Por su parte, Alfred McCoy, en un muy duro y original trabajo (McCoy, 2017), muestra con gran detalle las atrocidades, torturas y violaciones a los más elementales derechos humanos perpetradas por Estados Unidos alrededor del mundo. Sostiene que la Unión Americana es un imperio extendido por el mundo, pero que tras más de setenta años empieza a derrumbarse y será pronto sustituido por China. En su opinión, el imperio arranca quizás con la guerra contra España en 1898, cuando adquiere territorios fuera de sus fronteras —Puerto Rico y Filipinas— y, más tarde, tras el colapso de los viejos imperios en Europa y Asia, emerge como la gran superpotencia, como el hegemón global, sobre todo después del fin de la guerra fría y la derrota de la Unión Soviética. Hoy —añade— tras la guerra contra el terror intenta extender y mantener su dominio a través de la ciberguerra, la robótica y el espionaje masivo,⁷ así como mediante las alianzas militares y comerciales.

También están los que, de alguna u otra manera, aceptan el estatus de imperio o de potencia ampliamente dominante, pero lo ven de modo optimista a la luz de la democracia y las tradiciones e instituciones liberales de Estados Unidos y su positiva influencia en el mundo. Uno de ellos, y quizás el más destacado, es Joseph Nye, quien en su libro sobre el posible fin del siglo estadounidense (Nye, 2015), sin negar sus problemas internos, basa su análisis acerca del poder relativo de esa nación en su amplia dotación tanto de poder suave como de poder duro —económico y militar— que le brindan una significativa capacidad de maniobra y para construir alianzas internacionales. En este sentido, analiza a un puñado de países potencialmente rivales; empieza por Europa, que en conjunto bien podría rivalizar con Estados Unidos, aunque no ha podido hasta ahora desarrollar la cohesión necesaria para actuar de modo conjunto. Para Nye Rusia es, en realidad, una potencia declinante con capacidad disruptiva y que mantiene gran poderío militar, pero cuyos problemas demográficos y económicos

⁷ Entre otras técnicas, como las que también utiliza la Agencia Nacional de Seguridad (National Security Agency, NSA), como las relacionadas con el análisis del *big data*.

la mantienen como una nación muy lejana para competir con la potencia norteamericana. En relación con India, señala que sus contradicciones y atraso internos, así como su compleja problemática regional, la inhabilitan por ahora y por un largo tiempo para ser un competidor válido por la hegemonía global.

Es en el caso de China donde Nye resulta más ambiguo y equívoco. Sin negar el potencial de este país señala que, por ahora, su esfuerzo nacional primordial radica en atender a su creciente clase media y en resolver sus problemas internos, y eso le impide proyectar globalmente sus capacidades. Sin embargo, omite señalar el rápido avance del poder militar chino, sobre todo en el mar, así como las implicaciones positivas del enorme mercado interno que le confiere su población de más de mil cuatrocientos millones de habitantes, un mercado cuatro veces mayor que el estadounidense.

William E. Odom y Robert Dujarric, en su optimista texto sobre el inadvertido imperio americano (Odom y Dujarric, 2005), señalan que Estados Unidos, aun sin proponérselo, constituye un imperio sin paralelo histórico. Con indicadores relativos a su poderío militar y económico, la calidad de sus universidades, sus aportes a la ciencia y la tecnología, a la cultura y, sobre todo, su demografía todavía joven, y gracias a la inmigración, con una población en expansión, tiene una ventaja incomparable respecto del resto de las potencias del globo. Luego advierten que Estados Unidos debe ejercer su liderazgo con medida y buscar coaliciones, absteniéndose de actuar de modo unilateral, así como aprovechar también las ventajas que le confieren su democracia y sus instituciones liberales. Es un libro de 2004 y, a pesar de que no son demasiados años, las cosas han cambiado mucho en Estados Unidos. También de ese año es el libro del historiador Niall Ferguson, que trata sobre el coloso estadounidense (Ferguson, 2004), un verdadero imperio desde su expansión continental (a expensas de México). La negación formal de ser un imperio por parte del gobierno de Estados Unidos es, según él, hipócrita, ya que posee “setecientas cincuenta y dos instalaciones militares en más de treinta países”, con un presupuesto militar enorme, superior al de las cinco siguientes potencias sumadas. Ferguson, inglés al fin y al cabo, ve con buenos ojos la condición de imperio de Estados Unidos, como un factor de orden y equilibrio internacionales. Señala también los riesgos —el precio— de su condición imperial, sobre todo los económicos, como su doble déficit fiscal y externo: una enorme nación deudora que logra su equilibrio acumulando deuda, sobre todo de Asia, particularmente de China. Lamenta, por último,

que Estados Unidos no cuente con la voluntad y los medios para sostener su imperio a largo plazo. En ese sentido, se suma al coro de los pesimistas.

Fareed Zakaria, considerado por algunos como un declinista, adopta una posición intermedia. Acepta, por un lado, el irreversible declive relativo de Estados Unidos respecto de los países emergentes, sobre todo China e India, pero señala que todavía, y por mucho tiempo más, jugará un papel decisivo en los asuntos globales. En este sentido, aconseja un cambio de estrategia que consistiría en que, de concebirse como el hegemón y buscar la supremacía absoluta, la Unión Americana deberá transitar a tácticas tales como formar alianzas y construir equilibrios de poder con las potencias maduras y emergentes, exactamente lo contrario de lo que ahora postula Donald Trump. A partir de 2016, las cosas han cambiado de modo dramático: primero, en junio los electores británicos tomaron la fatídica decisión de dejar de pertenecer a la Unión Europea, el llamado Brexit, lo cual debilitó no sólo a Europa sino también al propio Reino Unido, y menos de cinco meses después los electores estadounidenses eligieron a Trump como su presidente, elección sorprendente cuyos graves costos han sido más que evidentes en los últimos años.

Los retos de la democracia en un mundo en crisis

Casi nadie pone en duda el hecho de que vivimos el fin de la larga era de estabilidad y relativa paz que arrancó con el triunfo de las democracias liberales, en particular de Estados Unidos. Fueron los años de la guerra fría, tiempos de equilibrio entre las dos superpotencias que trajeron al mundo estabilidad, crecimiento económico y una paz que, si bien se interrumpió en Corea, Vietnam y otros lugares, al menos evitó otra conflagración mundial. No se trata de idealizar a la guerra fría con sus enormes riesgos e infinidad de conflictos inducidos por las rivalidades de las superpotencias de entonces. En todo caso, lo que se pretende es reconocer que permitió, a su término en 1989 y tras la implosión de la URSS, que surgiera con fuerza el paradigma de la globalización y una incierta *pax americana* de corta duración. Hoy vivimos la era del traslado del poder hacia China (Asia del Este) y el relativo declive de Occidente con Estados Unidos a la cabeza. Esta nueva situación trae aparejados nuevos retos que hay que entender y enfrentar.

Dos publicaciones importantes se ocupan de los peligros del mundo actual desde la perspectiva política: los politólogos de Harvard, Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, en su ensayo *How Democracies Die* (2017), y el politólogo conservador Robert Kagan (2018), desde perspectivas diferentes, analizan la erosión de los valores democráticos en el mundo. Ahora, pasada la guerra fría, los golpes de Estado y las insurrecciones violentas son raras; en los tiempos actuales, los autócratas llegan al gobierno tras elecciones formalmente democráticas —dan una lista de nombres conocidos— y a partir de ahí acumulan poder y asfixian progresivamente a las instituciones democráticas. Levitsky y Ziblatt se preguntan si ése sería el caso de Trump y Estados Unidos; señalan que su desapego a las normas y prácticas democráticas es un signo de su debilitamiento. Kagan, por su parte, afirma que el orden internacional liberal establecido en 1945, impulsado por la nación norteamericana, está en clara retirada. La creciente desigualdad económica, así como el deterioro de las condiciones laborales de los jóvenes y de las clases medias han contribuido a un clima de crispación y desencanto con ese orden liberal, abierto al intercambio e inversión que caracterizó al gran impulso globalizador de los años noventa y a los primeros años del siglo actual.⁸

En la actualidad, Europa se encuentra debilitada y dividida, con una oleada conservadora y antiinmigrante que no hace sino crecer. La Italia de Salvini y el movimiento cinco estrellas son el mejor ejemplo, pero ahí están también los casos de Polonia o Hungría, aunque, desde luego, la herida del Brexit es la más preocupante tanto para el Reino Unido como para la propia Unión Europea.

Aún es temprano para conocer sus efectos y consecuencias definitivas, pero hasta ahora las previsiones son ominosas. Por otra parte, Vladimir Putin, con un estilo autocrático y de enormes poderes personales, intenta una ruta de creciente confrontación con Europa y Estados Unidos (no con Trump), con la intención de forjar una Rusia autocrática como potencia euroasiática, que quiere asemejarse —al menos en las formas— a la Unión Soviética. China, como hemos visto, también ha estado acumulando un gran poder, y Xi Jinping es una suerte de gran líder vitalicio.

Ahora bien, el gran desafío durante el orden de la posguerra y la vigencia de la democracia y de los mercados abiertos proviene de Estados Unidos,

⁸ Por lo menos hasta la Gran Recesión de 2007-2008 a 2011.

sobre todo a partir del arribo a la presidencia de Donald Trump. Párrafos atrás describimos las diferentes situaciones de imperio que se desprenden de la situación actual de la Unión Americana. Si bien no era previsible la victoria de Trump apenas hace unos cuantos años, sí era claro que las condiciones internas del país la podrían hacer posible. No es válido afirmar, sin embargo, que se trata de una consecuencia lógica del relativo estancamiento de los salarios, la inmigración, la creciente desigualdad y el encono social. Trump y su estilo de gobernar, sus excesos, insultos y exabruptos xenófobos, su conducta a menudo equívoca y errática, su amoralidad, entre otras cosas, son de él y sólo de él. Por ello ha comenzado por debilitar el llamado poder suave estadounidense, constituido justamente por su prestigio, paz interior, apego a la ley, instituciones transparentes y fuertes, deseo de emulación por parte de terceros países, etc. En recientes estudios de opinión y encuestas,⁹ se aprecia claramente el declive de ese poder en la era trumpista.

A pesar de todo, Trump viene a exacerbar la evidencia de un declive muy claro de Estados Unidos, llámese o no decadencia imperial. Aquí importa también subrayar los riesgos que se hacen cada día más claros y que menguan la fuerza del orden liberal de la posguerra. En primer lugar, tenemos su intento por debilitar a la alianza atlántica, así como el de imponer aranceles y la amenaza de extender la guerra comercial a la Unión Europea. También la fallida Cumbre del G7 (y el reproche a sus líderes por la ausencia de Rusia) y el fiasco en la OTAN, en ambos casos desde muy a principios de su administración, que da valor a la tesis de “no amigos, no enemigos”. En segundo sitio, pero muy preocupante, están los escarceos geopolíticos con China (como el episodio aparentemente zanjado sobre el mar de China) y, sobre todo, la que cada día se ve como una más real y ominosa guerra comercial que ha impuesto al gigante asiático. Se calcula que cerca de trescientos mil millones de dólares de comercio podrían verse afectados de manera inminente —con efectos negativos, por cierto, para el bolsillo de los consumidores estadounidenses—, y como se trata de medidas de inmediata reciprocidad (*tit-for-tat*) la cifra puede escalar a seiscientos mil millones o más. El sector automotriz sería una de las industrias potencialmente con mayores impactos, algo que interesa vitalmente a México. Por último, está el caso de México y la doble tenaza que aplica; por un lado, la amenaza cada vez más intensa de

⁹ Véase el índice británico “The Soft Power 30” en el Pew Research Center, entre otros.

construir un muro a lo largo de nuestra amplia frontera, así como toda clase de medidas contra la inmigración mexicana y centroamericana, principalmente. Por otro lado está el T-MEC, al que ya nos referimos arriba. Si bien hasta ahora se puede decir que algunos temas nos favorecieron, en general las reglas de origen más estrictas hacen más difíciles las inversiones y las operaciones de una industria de muy alto valor económico y estratégico por su gran número de encadenamientos con otras industrias, como lo es la automotriz. Ése es el caso también de otros sectores, donde las reglas de origen con mayor contenido de Norteamérica tienen consecuencias negativas.

Trump tiene abiertos demasiados frentes para poder hacer un análisis sereno del rumbo y de los efectos agregados de sus medidas, excesos y ocurrencias. Aquí hemos señalado sólo algunos de los más importantes por su nivel de impacto en lo internacional. Sin embargo, también en el frente doméstico tiene muchos temas en pleno debate y disputa, que no son materia de interés en este ensayo. En todo caso, ya se ha hecho un daño incalculable a las relaciones y alianzas internacionales de ese país. Por otro lado, aunque debilitadas, las instituciones democráticas estadounidenses siguen fuertes. Las tensiones y la erosión que han vivido en los tiempos de la presidencia de Donald Trump, si bien no han sido menores, no nos permiten todavía afirmar que se encuentran en proceso de disolución. Por fortuna, no es el caso, al menos no todavía.

América Latina ante las nuevas disputas hegemónicas

A partir del fin de la guerra fría, América Latina volvió a ser, en conjunto, una zona relativamente marginal a las grandes preocupaciones geopolíticas en el mundo. En los tiempos que corren la región se caracteriza mejor por una cierta marginalización respecto de los grandes conflictos y tensiones globales, quizás con la excepción de la crítica situación en Venezuela y del muy polémico reciente cambio de gobierno en Bolivia. Los últimos años han sido de renovada desaceleración económica y, salvo por el proceso de paz en Colombia y la muy tibia y limitada transición cubana, no hay situaciones extraordinarias dignas de mención. Argentina, como siempre, sigue con sus perennes crisis; las elecciones de 2018 en México y Brasil fueron importantes, pero

quizás todavía sea muy pronto para evaluar con certeza los ya muy visibles desenlaces o puntos de quiebre respecto de la normalidad establecida.

En lo externo, la región se mueve lentamente entre el giro gravitacional de una China ascendente y un Occidente —Unión Europea y Estados Unidos— lento y titubeante, que no logra impulsar su integración, la cual con sus seiscientos veinticinco millones de habitantes le podría dar un gran ímpetu.

Trump, con su habitual desdén, canceló su asistencia a la Cumbre de las Américas en el segundo año de su mandato, en abril de 2018, con el pretexto de la crítica situación de Siria y por ello no viajó a Lima. Pence sí emprendió una desangelada visita a la región de mínimo interés. Desde luego, siempre se puede decir que México (y hasta cierto punto Centroamérica) son una obvia excepción. No obstante, como es habitual, en estos casos, se trata de temas estrechamente vinculados a la extensión de su propia agenda doméstica.

Desde el fin de la guerra fría, Estados Unidos prestó, para bien o para mal, menos atención a Latinoamérica en general; tras las atroces dictaduras y guerras civiles, la región vivió un proceso generalizado de cambio de modelo hacia el neoliberalismo y la consolidación de elecciones más o menos democráticas.¹⁰ El narcotráfico fue el tema dominante en las relaciones de la región con el mundo y, también en este caso, se trató sólo de algunos países. En la era del presidente Bush hijo la guerra contra el terrorismo, que afortunadamente no tocó a la región, tuvo como innegable consecuencia un claro desinterés por los asuntos hemisféricos. La intervención de Estados Unidos en el intento fallido de golpe de Estado al gobierno del presidente Chávez en Venezuela nunca se aclaró del todo y, en todo caso, habría sido un apoyo logístico menor, pero no de intervención directa, mucho menos armada. Lo cierto es que no se logró derrocar a Chávez. Con el presidente Obama, las relaciones entre Caracas y Washington fueron tensas y distantes, pero siguieron su curso con el comercio de petróleo y otros bienes y se respetaron las libertades de viajar para los venezolanos.

En general, con Barack Obama las relaciones interamericanas fueron mejores, de mayor cordialidad; tuvieron como tono la negligencia benigna, salvo el caso de Cuba, que abordaremos más adelante. Incluso en los años del auge del chavismo y de la llamada marea rosa de presidentes de izquierda

¹⁰ La situación del Perú de Fujimori es también una excepción, en tanto que su proceso de pacificación y dictadura fue extemporáneo, ya que sucedió entre finales de los noventa y el inicio del nuevo milenio.

en la región en la primera década de los años 2000, y más allá de las declaraciones y escaramuzas diplomáticas, no hubo mayores tensiones ni mucho menos se presentaron intervenciones groseras, como en el pasado. De hecho, con la derrota en Mar del Plata (2005) del proyecto de integración continental llamado Acuerdo del Libre Comercio de las Américas (Free Trade Agreement for the Americas, FTA), Estados Unidos optó por un claro alejamiento de la región, especialmente del sur. Las relaciones se recondujeron preferentemente por la vía bilateral. Así, el golpe contra Zelaya en Honduras fue un asunto interno, como también lo fue la destitución de Lugo en Paraguay; posiblemente ambos acontecimientos contaron con la aceptación o la simpatía de Estados Unidos, es muy probable, pero es imposible asegurar una premeditada y clara intervención estadounidense (Luiselli, 2016b).

Desde luego, el evento de mayor trascendencia y la excepción fue el deshielo de la relación con Cuba, el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Washington y La Habana y la visita del expresidente Obama a la isla. Trump, que ha revertido el buen ánimo así como algunas medidas de liberalización y acercamiento, no ha dado, sin embargo, marcha atrás en los nexos diplomáticos con Cuba.

El fallido liderazgo de Brasil desde América del Sur

Ante este relativo desinterés de Estados Unidos por América Latina, Brasil intentó asumir un liderazgo regional sudamericano, protagonizado por el popular presidente Luiz Inacio Lula da Silva, a partir del auge económico en su país y del resto de América del Sur en 2003 y hasta más o menos 2011.¹¹ Impulsada por el entonces canciller Celso Amorim, la idea rectora era “sudamericanizar” el concepto mismo de América Latina, de tal suerte que Brasil ejercería su hegemonía subregional, sin cortapisas y sin la posible interferencia de México. Era el viejo sueño atlantista del geoestratega militar Mario Travassos, convertido por fin en realidad.¹² Por una parte, el Mercosur sería la punta de lanza de la integración económica y, con la creación definitiva

¹¹ El *shock* de la llamada Gran Recesión, en 2008, fue una excepción, pero de corta duración.

¹² Se trataba de la proyección continental de Brasil, que en su versión del año 2000 fue articulada por el recientemente fallecido Marco Aurelio García.

de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) en 2008, se contaría con un brazo político bajo el liderazgo de Brasil. Poco a poco fue desapareciendo del discurso político el término Latinoamérica (ya no se diga Hispanoamérica) para ser sustituido por el de Sudamérica. Para la Argentina de los presidentes Kirchner, la Bolivia del exitoso Evo Morales y el Ecuador de Rafael Correa, la estrategia pareció funcionar bien, pues con semejanzas ideológicas y el apoyo político de la alianza con el poderoso Brasil, sus proyectos políticos serían viables, ampliamente convergentes y les permitirían permanecer en el poder sin contratiempos y por largos periodos. El caso de Venezuela fue todavía más dramático: la “sudamericanización” le venía bien por acercarse a Brasil y a Argentina, las dos potencias subregionales, pero además conforma con Cuba el Alba (Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América), para tener una proyección más allá de Sudamérica, de tal manera que el venezolano socialismo del siglo XXI contaba con un fuerte anclaje subregional y más allá. Todo esto no fue compartido por los grandes países andinos —Chile, Perú y Colombia—, pero no pusieron objeciones mayores, sobre todo en el caso de Unasur y, en contraparte, lanzan la Alianza del Pacífico (AP) con México, estableciendo metas más pragmáticas y limitadas: convertirse en un simple tratado de libre comercio con amplia facilitación de los flujos comerciales y el tránsito de personas entre los cuatro miembros. Todo esto hizo posible la creación de un cuerpo subregional que, de alguna manera, incluyera de nuevo a toda América Latina y el Caribe: la Celac (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), misma que palidecía bajo el ímpetu de la Unasur. El canciller brasileño de entonces, Celso Amorim, desplegó una muy extensa y a menudo equívoca agenda pretendidamente global (Castañeda, 2010).

Las cosas funcionaron razonablemente bien los primeros años. A Brasil parecía reforzarlo su pertenencia al grupo de los BRIC (luego, por el apoyo de Brasil, se incluyó a la relativamente pequeña Sudáfrica: BRICS); se trata de una afortunada sigla que supuestamente agrupa a las grandes potencias emergentes del futuro aunque, en realidad, el BRICS es esencialmente una entelequia con poca sustancia. Es una suerte de club de conveniencia en torno a la fuerza y la gravitación alrededor de China. Sin duda un conjunto de países importantes, a pesar desde luego de que hay otros que sí deberían pero no están dentro de este grupo; sin embargo, el problema es que el BRIC no tiene en realidad continuidad territorial ni una argamasa geopolítica o económica que le otorgue sustento o profundidad. Más aún, entre sus integrantes

subsisten viejas rivalidades y diferencias muy de fondo. Sobre todo —más no únicamente— entre India y China:

Dos de los BRICS son miembros del Consejo de Seguridad de la ONU y tres son potencias nucleares. Brasil no tiene ninguno de estos atributos. Los países RIC (Rusia, China e India) son contiguos y forman la superficie dominante en el macizo euroasiático. Brasil está a decenas de miles de kilómetros de ahí, en Occidente, en el Atlántico sur de América. Rusia y China tienen dos frentes de frontera, no exentos de fricciones, pero hoy esencialmente en paz y sin disputas. Por su parte, China e India mantienen también diferencias y disputas fronterizas profundas, que se exacerban por los graves problemas fronterizos entre India y Pakistán, justamente en una zona de la misma geografía (Jammu y Cachemira). China e India mantienen diferencias graves en Aksai Chin, al poniente del Himalaya y al oriente en Arunachal Pradesh (o sur del Tíbet). Resulta difícil exagerar la importancia estratégica del Tíbet para ambas, sobre todo para China. En parte por eso ya libraron una guerra en 1962 y las disputas no se han resuelto, sólo se ha postergado su solución.

En el crítico escenario del mar también hay disputas y desconfianza recíproca. Es justamente con India la tensión más directa, en relación con el océano Índico y las rutas de navegación desde el sur de China y, sobre todo, hacia el Golfo Pérsico y el Canal de Suez. El llamado Collar de Perlas, una serie de inversiones y operaciones para abasto y defensas chinas en el Índico es visto con gran desconfianza por India, sobre todo en Gwadar, en el sur de Pakistán, país con el que India mantiene sus más serios conflictos. La inmensa mayoría del petróleo que necesita India proviene del Pérsico, pero también el 80 por ciento del petróleo y el gas que recibe China tiene que utilizar el paso hacia el Índico desde el estrecho de Malaca.

El Collar de Perlas tiene que ver también con el enorme proyecto de infraestructura chino conocido como “la Franja y la Ruta” [cuyo objetivo es] reconstruir las rutas de la seda y que preocupa a India, sobre todo en su ensamble pakistaní, el llamado corredor económico China-Pakistán con el nuevo puerto, virtualmente chino, de Gwadar en la costa del Beluchistán pakistaní porque, entre otras cosas, atraviesa por Cachemira, en disputa entre India y Pakistán. Por eso India se abstuvo de participar en el foro inaugural del vasto proyecto, celebrado en Beijing en mayo de 2017 (Luiselli, 2017).

El gran impulso de todo esto fue el gran apogeo de la exportación de materias primas y de energía de la región (*boom de las commodities*),¹³ auge sin precedente y que hizo crecer a dichas economías a tasas muy altas y sostenidas por casi una década dorada. Es claro que quien indujo esta prosperidad fue la

¹³ Sobre todo soja y otros granos, mineral de hierro, cobre y otros metales, así como petróleo en los casos de Venezuela, Colombia y Ecuador.

voraz demanda de China por las abundantes materias primas de Sudamérica. El arribo del país asiático al centro del escenario económico sudamericano es algo de la mayor importancia y no debe soslayarse. Se conformó así una nueva relación centro-periferia con muchas implicaciones que continúan vigentes.

Sin embargo, como suele suceder con las materias primas, el ciclo alcista llegó a un abrupto fin hacia 2011-2012, por lo que el modelo económico se vino abajo, lastró los acuerdos políticos y comprometió al proyecto sudamericanista. Brasil entró en una muy severa crisis, no sólo de desindustrialización sino también en una prolongada recesión que duró casi cuarenta meses, mientras que el resto de la región sufrió asimismo un periodo de severa caída económica con algunas excepciones menores.

En Brasil, a la crisis económica se añadió la arbitraria destitución de la presidenta Dilma Rouseff en medio de algunos muy sonados casos de corrupción, cuyo epítome fue el caso “Lava Jato” y la extensa red de sobornos y lavado de dinero de la constructora Odebrecht, que terminó por involucrar al propio expresidente Lula da Silva, quien fue finalmente acusado y enviado a prisión por un Poder Judicial politizado. Todo el gran diseño sudamericanista decayó progresivamente.

El Mercosur encalló por sus propias contradicciones e insuficiencias, perdió cohesión y sus volúmenes internos de comercio disminuyeron respecto de sus nexos comerciales crecientes con China. La Unasur estuvo a punto de desaparecer, pues los países más importantes de la región anunciaron su retiro del organismo (Luiselli, 2016a). Se pagaron caras las facturas por los excesos y desvaríos del sudamericanismo excluyente, sobre todo de México.

La creciente presencia de China en América Latina y el caso de México

La presencia de China se hace sentir con fuerza en todo el mundo. Es, con mucho, el país de las mayores exportaciones, con una gran capacidad comercial e inversora. Ejerce una diplomacia prudente y de relativo bajo perfil. El gobierno chino actúa a través de sus foros de cooperación con grandes regiones continentales, ya sea a través de créditos o bien con proyectos de construcción de caminos, viviendas, represas y ferrocarriles. Ahí está el enorme esfuerzo de infraestructura denominado “la Franja y la Ruta (de la seda)” que conectará

por fin a los países del macizo euroasiático entre sí y, sobre todo, con el poderoso país asiático. La presencia china en África es masiva y establece cada vez en mayor medida una nueva suerte de hegemonía en el continente de mayor pobreza, pero también con una muy grande y creciente población. No todo es comercio, crédito, minas e infraestructura; también extensas superficies de tierras africanas fueron ocupadas para renta o compra y así ponerlas a producir para China.¹⁴ El caso africano es de particular relevancia debido al retiro progresivo de las potencias occidentales del continente. Su vacío es rápidamente ocupado por la República Popular China, mientras que a su vez India mantiene una presencia importante en las franjas costeras del este africano.

Ahora bien, también la presencia de China es crecientemente influyente en América Latina, aunque está más diferenciada y es menos hegemónica. Sobre todo, en América del Sur es muy fuerte en términos de su comercio, importaciones e inversiones. En el caso de México, participa como una de las partes de un nexo triangular que comparte el país con China y con Estados Unidos. Como lo mencionamos, Sudamérica es un gran proveedor de materias primas, mientras que México vende algo más de manufacturas y sólo algunos productos alimenticios. Además, sufre la competencia justamente de China en el mercado estadounidense, es decir, compra masivamente a las empresas chinas una gran cantidad de bienes intermedios, lo que genera un gran déficit comercial que después de alguna manera se transforma en un gran superávit con Estados Unidos, por la vía de las exportaciones de las manufacturas finales. México y China, a diferencia de América del Sur, están más integrados a las cadenas globales de oferta. El caso de Centroamérica es más bien intermedio, con la excepción de Panamá, que mantiene un interés especial para China debido a su canal interoceánico.

En general, en su política latinoamericana China ha tenido los siguientes propósitos, que López Villafañe (2018) resume muy certeramente (aquí menciono sólo los principales): conseguir materias primas, invertir en la producción de recursos naturales e infraestructura relacionada, fomentar la multipolaridad y con ello reducir la influencia de Estados Unidos y eliminar a Taiwán como rival diplomático en la zona.

El comercio chino con la región, según López Villafañe (2018: 3), crece a tasas cercanas al 15 por ciento anual, y en 2017 superó los 250 000 000 000 de

¹⁴ Es el caso del llamado *land grabbing*.

dólares; a estos ritmos, en diez años más América Latina se convertirá en un socio comercial primordial de China. La inversión del país de Asia también está creciendo mucho a nivel regional. Para 2017, acumuló 230 000 000 000 de dólares (el caso de Argentina es paradigmático por el volumen y diversificación de las inversiones). Este potente y creciente nexo ocurre en un continuo que va de la complementariedad (comercial) a la dependencia. Si bien no es aún claro que China se convierta en el poder hegemónico en América Latina, el vínculo es cada vez más asimétrico. La estructura del comercio así lo indica: la segunda exporta cada vez más bienes primarios, mientras que la primera vende sobre todo bienes manufacturados (en esto último ha comenzado a desplazar a Estados Unidos) y con creciente contenido tecnológico. Se trata irónicamente de relaciones centro-periferia, a pesar de que la retórica todavía es la de una creciente cooperación sur-sur, aunque los datos de comercio e inversión lo contradigan claramente.

China ha delineado, por dos ocasiones en una década, su política hacia América Latina a través de sus libros blancos de 2008 y 2016. En un lenguaje terso y de cooperación entre iguales, se puede apreciar que mira a América Latina como proveedora de materias primas, alimentos y energía. Con México se prepara para participar en mayor escala en la industria automotriz (y presumiblemente en autopartes), así como quizás también en obras de infraestructura. El caso de México es distinto en cuanto a que el comercio no es de exportación de materias primas, sino un abanico de productos con un progresivo contenido de tecnología, alimentos, bebidas y también algunas *commodities*. De incrementarse las inversiones manufactureras de China en México, se podrá fomentar una relación con intercambios más simétricos y de mayor valor agregado.

Por otro lado, hay que considerar que China no ha contribuido a la fragmentación de América Latina en el sur y el norte, sino que ha expresado su interés en tratar con el conjunto de las naciones de la región a través de la Comunidad de Estados de Latinoamérica y el Caribe (Celac) por medio de un sistema de cumbres como las que organiza con otras regiones del mundo. México debe aprovechar esa oportunidad para ejercer su liderazgo y dar fuerza a la Celac, en sano contrapeso a la “sudamericanización” de la región. Concretamente, más allá de las circunstancias en Estados Unidos, pero también si se toman en cuenta las políticas de la actual administración estadounidense, México deberá considerar positivamente un desarrollo del comercio más equilibrado con China, inversiones conjuntas, el impulso a proyectos de infraestructura, así como

participar en el nuevo Banco Asiático de Inversiones en Infraestructura (Asian Infrastructure Investment Bank, AIIB) y en los proyectos de “la Franja y la Ruta” (de la seda), entre otras cosas.

México debe diversificar y relanzar su apuesta por la integración latinoamericana, sobre todo a partir de Centroamérica; también debe buscar un nuevo entendimiento estratégico con Brasil y Argentina. Se pueden desarrollar cadenas globales de valor dando mayor competitividad a México y América Latina; acercar la Alianza del Pacífico con la Sudamérica atlántica (y un renovado Mercosur), así como dar fuerza al binomio Celac-Aladi. En suma, México debe dejar atrás su política exterior en exceso comedida y conservadora y tender puentes hacia el resto del mundo, comenzando por el subcontinente latinoamericano. No sabemos si el de Trump será al final un fenómeno pasajero. Tal vez sus excesos y desvaríos se irán con él cuándo deje de ser presidente, pero pensamos que resulta claro que muchas de las circunstancias que lo hicieron posible reflejan problemas de fondo en Estados Unidos. Trump pasará, pero el trumpismo tal vez se quede. Debemos estar preparados.

Fuentes

BERMAN, MORRIS

2012 *Why America Failed*. Nueva York: John Wiley and Sons.

2008 *La edad oscura americana: la fase final del imperio*. Ciudad de México: Sexto Piso.

CASTAÑEDA, JORGE G.

2010 “Not Ready for Prime Time”, *Foreign Affairs* (septiembre-octubre).

CHOMSKY, NOAM

2016 *Who Rules the World*. Nueva York: Picador.

FERGUSON, NIALL

2004 *Colossus: The Price of America's Empire*. Londres: Penguin Random House.

KAGAN, ROBERT

2018 *The Cost of American Retreat*. Nueva York: Wall Street Journal.

KAPLAN, ROBERT

2018 *The Return of Marco Polo's World*. Nueva York: Penguin Random House.

LEVITSKY, STEVEN y DANIEL ZIBLATT

2017 *How Democracies Die*. Nueva York: Crown Books.

LÓPEZ VILLAFANE, VÍCTOR

2018 "Las relaciones económicas de China con Latinoamérica", *Foreign Affairs* 18, no. 3.

LUISELLI, CASSIO

2017 *México-Brasil: un entendimiento clave para la integración latinoamericana del siglo XXI*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM/Instituto para el Desarrollo Industrial y el Crecimiento Económico/El Colegio de México.

2016a "Brasil atrapado en su laberinto", *Nexos*, 11 de marzo, en <<https://www.nexos.com.mx/?p=27867>>.

2016b "América Latina: modelo para armar", *Nexos*, 1º de diciembre, en <<https://www.nexos.com.mx/?p=30486>>.

MCCOY, ALFRED W.

2017 *In the Shadows of the American Century*. Chicago: Market Books.

NEGRI, ANTONIO y MICHAEL HARDT

2000 *Empire*. Cambridge: Harvard University Press.

NYE JR., JOSEPH

2015 *Is the American Century Over?* Cambridge: Polity.

ODOM, WILLIAM E. y ROBERT DUJARRIC

2005 *America's Inadvertent Empire*. New Haven: Yale University Press.

PATTON, MIKE

2016 “U.S. Role in Global Economy Declines Nearly 50%”, *Forbes*, 29 de febrero, en <<https://www.forbes.com/sites/mikepatton/2016/02/29/u-s-role-in-global-economy-declines-nearly-50/#10a981fd5e9e>>.

SPENCE, MICHAEL

2011 *The Next Convergence: The Future of Economic Growth in a Multi-speed World*. Nueva York: Farrar, Strauss and Giroux.

THE ECONOMIST

2018 “The New Battlegrounds: The Future of Wars”, *The Economist*, 25 de enero, en <<https://www.economist.com/special-report/2018/01/25/the-future-of-wars>>.

WIKIPEDIA

2020 “Stockholm International Peace Research Institute”, *Wikipedia*, 30 de marzo, en <https://en.wikipedia.org/wiki/Stockholm_International_Peace_Research_Institute>.

ZAKARIA, FAREED

2008 *The Post American World*. Nueva York: W. W. Norton.